

cir que estamos ante el aprendizaje de la desesperanza. Ante la inseguridad colectiva, salvar la vida es un logro en sí mismo. Por otra parte, la memoria de la violencia de 1989, conlleva a percibir como un costo muy elevado cualquier alternativa similar. Baste para ello mencionar el rechazo a la presencia de la Guardia Nacional masiva en nuestros barrios, la cual resulta similar al escepticismo hacia los cuerpos policiales, situaciones que muchos pobladores consideran "peor el remedio que la enfermedad".

La opinión como fuerza de cambio

Los problemas que vive la gente son básicos. Esto no quiere decir que sean simples de resolver. En Venezuela sabemos de propuestas y acciones concretas que apuntan a enfrentar la pobreza. Tenemos que superar lo que Mario Briceño Iragorry describe como la "cultura de la destrucción para construir". La reforma del Estado implica modernizar y reinventar las organizaciones públicas como proceso político empeñado en superar clientelismos y patrimonialismos que abran el espacio para una cultura ciudadana. La complejidad de los problemas requiere reconocer la diversidad para enfrentarlos y de una sociedad civil vigorosa capaz de estimular y canalizar los consensos. Pero tal vez el elemento clave es reconocer la poca eficiencia de propuestas y soluciones técnicas si ellas no se insertan en un proceso político. Romper el círculo de la sobrevivencia, pasa irremediamente por transformar el equilibrio de las relaciones de poder que han sustentado las instituciones ya caducas. Pasa por darle poder a la gente involucrándola en las soluciones. Como no podemos arriesgarnos a perder varias generaciones, los problemas son gruesos y no sólo del gobierno de turno. Por lo tanto, pasa por aceptar la corresponsabilidad entre gobernantes y gobernados si estamos convencidos de ser más que destructores, constructores de futuro.

MERCEDES PULIDO DE BRICEÑO

PSICÓLOGO SOCIAL
DIRECTORA DE LA REVISTA SIC

Oposición en Venezuela hoy

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ, S.J.

Pulsando al país

Tratar la cuestión de la oposición hoy día en nuestro país es bien difícil. El «clima» de la nación, sin embargo, así lo exige. Un estudio de opinión pública de la empresa *Consultores 21* del mes de febrero pasado arrojó que el 60% de los venezolanos está a favor de nuevos liderazgos en Venezuela. De igual manera, el 63% de la población considera que debería existir oposición en el campo político. Las cifras van en aumento.

En Venezuela se ha operado un cambio de mentalidad con respecto a la oposición. Ello tiene que ver con la posibilidad de enrumbar al país por nuevos derroteros. Este fenómeno no se había comprobado en las cuatro décadas de democracia que conocemos.

Desde el año 1958, con el «Pacto de Punto Fijo», los venezolanos contemplamos incluso pasivamente el alternarse de AD y COPEI en el poder a través de la negociación política, obteniendo como primer resultado la convivencia social. Los protagonistas de entonces pretendieron alcanzar el ideal de una sociedad moderna y democrática mediante alianzas entre las élites modernizadoras y a través del apoyo popular a las acciones encaminadas para alcanzar dicho fin. La «oposición», a pesar de presentarse como un desacuerdo abierto, no existía. A nivel de discurso, la oposición era presentada como la acción y efecto de disponer unas cosas de tal modo que se enfrentaran a otras por considerarlas contrarias. El resultado era el triunfo sobre el contrario, el cual venía descartado o tomado en consideración cuando más o menos conviniera con los propios intereses. El gobernante de turno proclamará que los límites con respecto a su opositor están bien definidos. La participación de las mayorías consistía en el «voto castigo», que legitimaba y legalizaba todo el proceso. La «conciliación de élites» logró superar las parcialidades políticas, pero no fue capaz de hacerle frente al proceso de descomposición que se generó a partir de la ausencia de nuevas alternativas ideológicas y políticas distintas del sistema populista-clientelar de partidos, así como



tampoco fue capaz de devolverle la esperanza a las mayorías empobrecidas. Esta descomposición se ha hecho más patente en las dos últimas décadas de nuestro período democrático. Lo «normal» será, a partir de ese momento, la exclusión de la mayoría y su no reconocimiento como seres humanos y políticos, y la eliminación de todo liderazgo ciudadano alternativo. Las élites y todas las formas posibles de organización perdieron el contacto con la «chusma». Este es el contexto en el que surge el liderazgo de Hugo Chávez Frías logrando aglutinar un proceso de envergadura histórica.

El Presidente Chávez ha venido a llenar un vacío que es viejo. Ha sido él quien le ha devuelto al país un tono de optimismo que se traduce en una aspiración de cambio. Este es un elemento importantísimo dentro del proceso que estamos viviendo: así como la distribución de la renta petrolera jugó el papel de «muro de contención» en el pasado, este clima de esperanza se presenta como uno de los elementos de contención social: la gente está dispuesta a esperar porque sabe en quién ha puesto su esperanza.

Señalemos dos elementos más sobre el «fenómeno Chávez», y que están relacionados con lo que queremos analizar:

- La «revolución» se ha dado con la aparición en escena del Presidente Hugo Chávez. Su carisma lo ha convertido en una personalidad corporativa en la que la mayoría excluida se siente, no sólo representada, sino identificada: «él es y habla como yo».

- Ante la ausencia de líderes en Venezuela Chávez posee los requisitos de un verdadero líder: una ideología, una estrategia y una táctica para alcanzar sus fines. Reúne, además, todos los elementos que el 60% de los venezolanos considera debe poseer su líder y por lo cual les resulta agradable: joven, metido de lleno en los medios de comunicación, dedicado a la solución de los problemas que afectan a la población. Partiendo del reconocimiento del liderazgo y de la popularidad de Chávez nos preguntamos, ¿cuál es el espacio para la oposición?

¿Qué entendemos por oposición?

Una falta de tino en el planteamiento de las cuestiones trae como consecuencia un igual desacierto en las soluciones. Si queremos entender el discurso sobre la oposición en Venezuela tenemos que tomar en consideración los cambios ocurridos en nuestra realidad y, sobre todo, el cómo la gente los percibe e interpreta. No podemos obviar de nuestro análisis lo dicho anteriormente, tanto lo que se refiere al proceso de pacificación que vivimos a partir de 1958 y sus elementos y procesos de inclusión de las élites, así como la aparición de un nuevo líder que con sus atributos personales contribuyó a llenar, o reforzar según los casos, el espacio vacío que nadie había copado, desencadenando unos procesos de reivindicación, representación e identificación avasalladora, que alguno ha identificado como un «enamoramamiento apasionado».

Existen dos modos de hacer oposición: la política y la ciudadana. La primera está relacionada directamente con los partidos políticos. Éstos poseen una visión determinada del país que tiene que ver con el ideal del bienestar común y con el proceso de modernización del mismo, poseen unas estrategias y unos medios para hacerse con el poder, y representan los intereses de los ciudadanos y están a su servicio. La oposición ciudadana se refiere a individuos o grupos que están en desacuerdo con las políticas del gobierno por considerarlas impropias o porque afectan sus intereses. La percepción que tenemos es que Chávez ha dado el golpe de gracia a la primera forma de hacer oposición. La segunda es cada vez más patente entre nosotros, si bien es cierto que se presenta en términos reaccionarios.

Dentro del sistema democrático la oposición juega un papel fundamental, a saber, es un elemento regulador y de equilibrio -check and balance- de las fuerzas políticas y de las organizaciones sociales presentes y actuantes en el mismo: la confrontación y el disenso no son sólo necesarios sino que reflejan la sanidad y madurez, así como la complejidad, de la sociedad. Entre nosotros la oposición no se ha presentado aún con estos matices.

Si bien es cierto que estamos atravesando un momento de profunda transformación de nuestras relaciones básicas como sociedad, en la actualidad la oposición ha cobrado unos tintes de cierta irracionalidad. La tendencia es a la descalificación de quien se encuentra en la posición contraria. El terreno favorito es el personal. No existen frenos a la hora de desacreditar al otro. Hemos visto cómo se han hecho presentes la agresividad y la violencia verbal dándonos la impresión, en ocasiones, de que «correrá sangre, y llegará al río». En este aspecto, el aporte del Presidente Chávez es significativo (baste mencionar

Si bien es cierto que estamos atravesando un momento de profunda transformación de nuestras relaciones básicas como sociedad, en la actualidad la oposición ha cobrado unos tintes de cierta irracionalidad. La tendencia es a la descalificación de quien se encuentra en la posición contraria. El terreno favorito es el personal.

sus polémicas contra algunos miembros del clero, con algunos medios de comunicación, contra las cúpulas poderosas, contra la oligarquía...).

La oposición, en cambio, tiene que ser entendida como un procedimiento selectivo del que se vale el sujeto -individual o colectivo-, a través de una serie de pasos, para mostrar a todos que él es el más apto para afrontar con éxito las situaciones que se le colocan enfrente. Este modelo no pone su fuerza en el «entrentamiento» entre contrarios, aunque lo supone, sino con la situación concreta a la cual hay que responder de modo igualmente concreto tanto él como los otros. El énfasis se coloca en convencer a los demás de su competencia. La oposición reconoce lo positivo de las gestiones anteriores y está dispuesta a darle continuidad. Su relación es de alianzas o menos, si se diera el caso, con los demás actores, lo cual supone una alta inclinación al diálogo y a la discusión. No necesita eliminar a sus «enemigos», sino que tiene siempre presente el fin que se ha propuesto alcanzar. La preocupación es por la totalidad del país y no por mantenerse el mayor tiempo posible en el poder en desmedro de los ciudadanos. A este modo de entender la oposición lo llamaremos «legítimo».

Pecaríamos de ingenuos si creemos que esta manera de hacer oposición puede instituirse como norma en nuestro país de la noche a la mañana. Estamos habituados a entender la oposición según el esquema tradicional: ¡siempre ha sido así!. Sin embargo, abrigamos sanas esperanzas de poder recorrer el otro sendero. En Venezuela se ha dado un cambio de mentalidad que no podemos negar y del que debemos sacar el mayor provecho posible.

¿A qué no nos podemos oponer para que haya oposición legítima?

Lo primero a lo que no nos podemos oponer para que exista una legítima oposición es a la inclusión de los excluidos. Uno de los frutos de nuestra democracia, y que ha calado en lo más hondo de nuestro pueblo, es la conciencia del derecho de todo individuo a participar en el proceso que sustenta el sistema. Una verdadera oposición toma en cuenta los sueños y esperanzas de los pobres, no vive de espaldas al pueblo.

Lo segundo a lo que no nos podemos oponer es a la prosecución del bienestar común y a la modernización. Ha-

cer oposición es una manera de modernizar al país, porque exige el nacimiento y crecimiento de formas pluralistas de asociación ciudadana con participación de las masas en todos los niveles de la estructura política.

Lo tercero a lo que no nos podemos oponer es al desarrollo de la capacidad de establecer alianzas, a través del diálogo, de la discusión y de la confrontación pacífica. Lo contrario al diálogo y a la discusión no hace sino dificultar que nos ubiquemos en un punto de equilibrio que nos permitiría oponernos legítimamente a lo que tengamos que oponernos.

¿A qué sí nos tenemos que oponer?

Lo primero a lo que tendríamos que oponernos es al «mesianismo político». Los problemas que aquejan al país no los resuelve un líder por sí solo. Dentro del caudal de riquezas que poseemos se encuentra nuestra capacidad de aceptación de lo distinto y de combinarlo hasta desencadenar novedades históricas, pero ello no puede agotarse en la entrega incondicional a una persona, por más esperanzas que ésta pueda suscitar. El resultado inmediato es la relación clientelar, donde nuevamente vuelven a contar los vínculos con el partido.

Nos tendríamos que oponer, asimismo, a entrar en el terreno del juego sucio del desprestigio, sobre todo a nivel personal. La oposición no se hace a partir de actitudes irracionales (la venganza, la violencia y la arbitrariedad). Ciertamente que la descalificación de todo aquel que no secunde las órdenes del líder no nos ayudará a salir adelante, así como tampoco ayuda la división constante entre «revolucionarios» y «contrarrevolucionarios», entre buenos y malos.

En tercer lugar, nos tenemos que oponer a la visión simplista del actual gobierno, que pone todas sus energías en la popularidad y en la relación estrecha entre el Presidente y el pueblo. Esta situación no ayuda a la institución del Estado: el soporte político-cultural no se refuerza con la buena voluntad y la capacidad política del gobernante y con la confianza del colectivo, sino que se ven reforzados nuevamente el mesianismo, el populismo y la demagogia. El rescate de la institución del Estado es uno de los elementos primordiales para que avancemos hacia el desarrollo, y es un modo de romper con la arraigada costumbre de que sean los otros quienes nos resuelvan las cosas. Tenemos que oponernos a que el pueblo siga siendo un mero espectador y no protagonista. Una de las valiosas enseñanzas de este período es que no podemos seguir excluyendo de la política a nuestros pobres.

Por último, nos debemos oponer a quienes creen que la violencia es el único camino viable hoy día. La oposición legítima deberá estar contra toda salida ultraderechista o contra la crispación de grupos minoritarios influyentes. Es igualmente legítimo oponerse a la concentración del poder en pocas personas o instituciones del gobierno, porque elimina toda instancia institucional. Un sistema político con diferentes poderes autónomos sirve de balance y es expresión y mediación de la ciudadanía.

Oposición tradicional y oposición alternativa

En un cuadro comparativo *Consultores 21* presentó los resultados sobre la percepción de la gente, a propósito de la oposición en Venezuela actualmente. El enfoque «tradicional», manejado hoy por la oposición política, contempla el enfrentamiento como estrategia, sostiene que el proceso de cambios operado por el actual gobierno es inconveniente para el país y que hay que salir de Chávez porque representa una amenaza para nosotros. La cuestión se resuelve en los términos de quienes quieren a Chávez y quienes no. Se trata, pues, de marcar muy bien las diferencias para después resolverse en el plano de la aceptación: ¿A quién quieres?

Puestos a responder a la pregunta, la gente «se cuadra» con el Presidente: 52% de la población considera que Chávez no es el responsable de los problemas que sufrimos. El grado de confianza en que Chávez pueda resolverlos ha permitido que la población se arme de paciencia y le dé un «chancecito más» (en enero del 99 se hablaba de un año de permanencia en el gobierno. En febrero de 2001 se cree que pudiera llegar hasta abril de 2002). La gente tiene la percepción de que el Presidente sí ha dado solución a problemas concretos que son de su competencia (68% así lo manifestó). El 63% de la población está de acuerdo con que exista oposición en el país siempre y cuando esté dispuesta a colaborar con Chávez, defienda la militarización y que se dedique a ofrecer soluciones concretas a problemas concretos.

El enfoque «alternativo», por su parte, hace énfasis en la competencia como estrategia, concibiendo el proceso de cambios llevados adelante por el gobierno como pertinente. La fuerza no se coloca en salir del Presidente, sino en la solución de los problemas aún no resueltos. Se está en la oposición política porque existe el convencimiento de la propia competencia para la solución de dichos problemas. El énfasis está puesto en la gestión y no en la persona. Este es el terreno para una legítima oposición: ¿qué es lo que quieres?. La tendencia refleja que se va en una lenta pero franca disminución en la percepción de

que el Presidente solucione los problemas y se den los cambios deseados durante su gobierno (un ejemplo por todos: el 52% de los venezolanos que considera que Chávez no es el responsable de los problemas que nos aquejan, en enero de 2000 era de un 75%). Ahora bien, lo que está en tela de juicio no es la «persona» del Presidente, sino su gestión. Creemos que este elemento es sumamente importante: la oposición no consiste en enfrentar a Chávez (o a cualquier otro) en el plano personal, sino en la gestión de su gobierno.

Algunas consideraciones finales

Existe un 35% de la población nacional que está molesto y preocupado con la política del Presidente Hugo Chávez: se siente blanco de sus ataques. Tenemos que reconocer que la oposición ciudadana llevada adelante por este sector es legítima. Su percepción sobre el país es que estamos empeorando. Su percepción sobre Chávez es que encarna al mismísimo Diablo. Para el Presidente, esta minoría es la reminiscencia del puntofijismo, de las cúpulas podridas y de la oligarquía.

Los que no estamos dispuestos a dar la vida por el Presidente (ni contra él), nos resistimos a la presión colectiva que nos pide definirnos a favor o en contra de Chávez. No queremos encasillarnos entre aquellos que miran las cosas o blancas o negras. Deseamos profundamente espacios donde predomine el término medio que reconoce lo complejo de la realidad, que cree que lo alternativo hay que construirlo a través de un sistema de alianzas que pasa por el reconocimiento del otro como sujeto y protagonista del quehacer político del país.

Nuestros análisis deberían tomar en cuenta estos elementos, que son consecuencias, también, del «fenómeno Chávez». Los índices que miden el deseo de cambio y de nuevos liderazgos son altísimos. Y no nos podemos oponer a esta actitud vital que se respira en el ambiente, y que se podría constituir en un criterio en un futuro cercano, que alimente nuestra política y la haga más adulta. Tampoco nos podemos oponer a aprender la lección, y que tiene que ver con la capacidad de hacernos entender y hacernos cercanos a la gente. Mientras más concretos seamos en nuestro lenguaje y planteamientos será mejor. Con otras palabras: la gente nos está diciendo qué tipo de oposición política anhela. Tomemos los elementos positivos que se desprenden de la misma, y no nos opongamos.

LUIS OVANDO HERNÁNDEZ, S.J.

MIEMBRO DEL CONSEJO DE REDACCIÓN DE SIC